

Sobre la falta de preparación al hablar en público

Alberto Salguero Alarcón

Es innegable que hoy en día, la capacidad de hablar en público es de vital importancia, incluso imprescindible, para la gran mayoría de profesiones. Sin embargo, es una competencia que no todos han desarrollado. Además, a las situaciones en las que se requiere de esta habilidad —exámenes orales, presentaciones ante un elevado número de personas, charlas en congresos...— se les suele asociar cierto nerviosismo y estrés que, combinado con la falta de soltura para comunicar a un público más o menos amplio, conducen al orador al fracaso.

No es por tanto extraño que el miedo a hablar en público sea cada vez más frecuente. Ocurre también que, al igual que otras competencias que recientemente están adquiriendo peso en el mundo laboral, la competencia comunicativa no se aprende, por lo general, desde la escuela. La enseñanza está enfocada en la mayoría de los casos a que el alumno adquiera conocimientos, y se olvida casi por completo que de nada sirve tenerlos, si no se sabe comunicarlos. Muy cierta es aquella frase que dice que uno no entiende realmente algo a menos que sea capaz de explicárselo a su abuela.

Por otra parte, también hay que tener en cuenta que dar una charla ante un público relativamente amplio y diverso requiere una preparación. Por supuesto, es fundamental conocer el tema del que se pretende hablar. No debe extrañarnos que fracasemos estrepitosamente en un examen oral si no tenemos un amplio control de la materia. Es más, incluso es recomendable profundizar más allá del contenido de la charla. Podemos asemejar nuestro conocimiento sobre el tema con un *iceberg*: la parte que sobresale del agua, aquella que vamos a contar, la que se ve, no se sostiene si no tiene debajo una amplia base, que sin embargo permanece oculta a los oyentes. Esto tiene varias ventajas. En primer lugar, un dominio de la materia va inevitablemente unido a una mayor soltura a la hora de comunicar. Además, ser consciente de que uno domina el tema con frecuencia produce una sensación de tranquilidad en el orador, que por lo general, se transmite al público. Por otra parte, cuanto más se sepa del tema, más preparado se está para responder a cuestiones que los asistentes puedan preguntar, lo cual es particularmente interesante si se está haciendo un examen o defendiendo públicamente un trabajo. En otro orden de cosas, una vez que se conozca el tema en profundidad, también es importante dedicar cierto tiempo a la forma. Tan relevante, o más, es la manera de contar que el contenido en sí.

En definitiva, al margen de los factores emocionales, que no son un asunto trivial y necesitan especial atención, no se puede pretender dar una charla con éxito si no se está adecuadamente preparado. Aquí no valen las medias tintas.